



Biografía

ERCILIA LÓPEZ DE BLOMBERG

El 11 de agosto de 1865, en el tramo inicial de la guerra contra la Triple Alianza, nace ERCILIA LÓPEZ CARRILLO y OTAZÚ, hija de la unión del coronel VENANCIO LÓPEZ y doña MANUELA OTAZÚ MACHAÍN. Era, por consecuencia, nieta de don CARLOS A. DE ROSAS, sobrino del Mariscal, además de prima de dos valiosos exponentes de la intelectualidad nacional: don ENRIQUE SOLA y don ARSENIO LÓPEZ DECOUD.

Cuenta apenas tres años cuando con su madre y sus hermanitos Venancio y Carlos, integra la dolorosa peregrinación por el abandono de la capital. Pasa después a residir con los suyos en Buenos Aires, donde transcurrirá su existencia.

Allí estudia, en el colegio particular que regentan MISS MARGARITA COLCLUGH y Mrs. Brenan, y aprende idiomas. Se cuenta que de su padre, que había recomendado que sus hijos se educaran en Inglaterra o, de no ser posible, en institutos extranjeros de Argentina.

Recuérdase que un día fue Sarmiento a examinar a las alumnas y que después de hacerlo con la pequeña paraguaya comentó: "¿Qué del corazón de Sud América haya salido una niña de este color y este cerebro". (El cutis de Ercilia era célebre por su blancura).

En las aulas había hecho amistad con las hijas de don Eduardo Madero, personaje importante de la sociedad porteña, que una vez, pone una mano sobre su cabecita y dice: "¡Pobrecita!". Ercilia, orgullosa como era, le pregunta: "¿Por qué, don Eduardo?". Éste responde: "Porque si la rueda de la fortuna hubiera girado a la inversa, serías casi una princesa".

Terminado el genocidio del pueblo paraguayo y a poco de retiradas las tropas invasoras de ocupación, vuelve doña Ercilia quebrantada de salud, con la intención de liquidar sus bienes. Tiene pocas esperanzas de vida y quiere sentir de nuevo la tierra natal. Y con ella está, adolescente de trece años, aquella hijita que la acompañara en la tristeza y el éxodo.

Pero no sólo es una joven bella y recatada sino que asoman en su espíritu inquietudes literarias, de las que había sido víctima el parálisis de Miss Colclugh, estudioso y artista, que buscaba solaz en la música y la poesía. Y así aparece en el diario "El Comercio", Asunción, el 3 de junio de 1879, "AL PARAGUAY", poema patriótico en doce estrofas.

Al año siguiente muere doña Manuela y Ercilia pasa a vivir con el general BENIGNO FERREIRA y su esposa doña CAROLINA, designado tutor suyo el Dr. LOVAT A. MULCAHY, profesor de inglés y presidente honorario de la Asociación Amigos de la Lengua.

El 29 de noviembre de 1886, en la iglesia de la Merced, de Buenos Aires, monseñor ANTONIO RASORE bendice su casa con PEDRO BLOMBERG, argentino descendiente de suecos. De ese matrimonio nacen seis mujeres y un varón: éste el poeta PEDRO BLOMBERG, en cuya obra abundan los temas paraguayos.

Enviudó joven todavía, dedicándose al hogar, a la atención de sus niños y al cuidado de los rosales que, plantados en su jardín, constituían su orgullo. En 1915 comienza a colaborar con el periodismo, especialmente en "LA PRENSA", donde gana un premio en "LA RAZÓN", "MUNDO ARGENTINO" y en "EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMÚN", en tareas tanto de escritora como de traductora.

En esta última revista publica, en 1921, su extenso ensayo gramatical sobre el guaraní, complementado por un trabajo sobre los dialectos guaraníes. Debe señalarse que frecuentemente concurría a su casa el guaraniólogo don Eduardo Sagüier, con quien dialogaba en su vernáculo.

Hay que decir que en sus 94 años de ausencia del Paraguay, en un medio extraño a las tradiciones nativas, doña Ercilia aprendió el idioma ancestral, y que es más: supo estudiarlo con seriedad y hablarlo con fluidez.

Con posterioridad al fallecimiento de su hija Elena, ocurrido en 1920, escribe su segundo poema: "ELY" de sentida acentuación.

que permanece inédito.

Doña ERCILIA conservará una arraigada fidelidad a su país -característica de toda su familia- sin por ello dejar de dista justicia histórica. Severas pero justas, aparte de no exentas de nobleza, fueron las palabras dedicadas a su tío, el M valiosas si se evoca el trágico fin de su padre, el coronel don Venancio, y a su otro tío, don Benigno. Mantuvo siera emocional en esta materia y fue siempre una López de pies a cabeza.

Murió doña ERCILIA el 10 de abril de 1962. Una solitaria y breve página de quien esto escribe: "LA NIETA DE DON CARL "PATRIA", fue toda la recordación. Antes sólo se habían ocupado de ella: el Dr. Cecilio Báez, en 1910, y Carlos R. Centurión

En su novela "DON INCA", retrata ámbito, gentes y acontecimientos del Paraguay de hace cien años.

Es una obra enteramente autobiográfica y de suma utilidad para conocer un tiempo lejano, apenas levantado de las penurias

Se trata asimismo, de un auténtico testimonio, uno de los pocos habidos en nuestra literatura. Su desarrollo cubre también romanticismo paraguayo, a cuya etapa final perteneciera nuestra escritora. Porque ella, como Alberdi, fue una ausente que país. (1980)

Fuente: [ESCRITOS PARAGUAYOS – 1- INTRODUCCIÓN A LA CULTURA NACIONAL](#). Ensayos de RAÚL AMARAL. Esta es corregida y aumentada por la BVP, basada en las ediciones Mediterráneo (1984), la edición de Distribuidora Quevedo (2010) y fuentes del autor. Edición digital: BIBLIOTECA VIRTUAL DEL PARAGUAY

LÓPEZ DE BLOMBERG, ERCILIA

Ciudad de Asunción, 1865 - Buenos Aires, 1963. Narradora y poeta.

Fue hija del Coronel Venancio López y Manuela Otazú Machaín, y por consiguiente nieta del presidente Don Carlos Antonio del Mariscal Francisco Solano López. Antes de consumarse «el holocausto de Cerro Corá» (denominación dada por R. para residir con su familia en Buenos Aires, donde inició su educación y su formación intelectual.

No obstante ello puede afirmarse que la autora no dejó de asistir a distancia a la evolución cultural de su país. Ya en 1910 Báez, en su recuento incluido en Resumen de la Historia del Paraguay, la consideraba como escritora paraguaya, que lo sólo por su nacionalidad. Es más: publicó en la revista "EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMÚN DE BUENOS AIRES" (1910) guaraní, no obstante su ausencia del país desde la niñez.

Dio a conocer en revistas porteñas numerosos relatos histórico-costumbristas, algunos de cuyos temas transmitió a su hijo argentino Héctor Pedro Blomberg (1889-1955), quien supo incorporarlos a su volumen de relatos: Los pájaros que lloran (1910)

Han trascendido de su firma pocos poemas, algunos concebidos en la adolescencia y otros en la madurez, como el dedicado Su novela "DON INCA", editada enseguida de su muerte por sus familiares, pero escrita en 1920, es un insoslayable testimonio de costumbres paraguayas de las últimas dos décadas del siglo anterior, además de ser una obra «clave», de la que participan personajes de la política y la sociabilidad nacionales. [Ficha preparada por el profesor Raúl Amaral].-

(Fuente: "BREVE DICCIONARIO DE LA LITERATURA PARAGUAYA" / 2da. Edición – Autora: [TERESA MENDEZ-FAITH](#) . Edición de Asunción-Paraguay)

ERCILIA LÓPEZ DE BLOMBERG (1865-1965) : Ercilia López de Blomberg destaca como creadora de una novela, DON INCA, de la década de los años veinte, que estuvo inédita hasta que su nieta, María Celia Velasco Blanco, la rescató para su publicación. También poeta, e hija del coronel Venancio López y Manuela Otazú Machaín, y por consiguiente nieta de Carlos Antonio López y Francisco Solano López, como hemos advertido anteriormente. Antes del final de la Guerra de la Triple Alianza emigró a Buenos Aires, donde cursó sus estudios formativos e intelectuales. Sin embargo, a pesar de la distancia, mantuvo un espíritu nativista romántico propio de la narrativa paraguaya de la época en que vivió. Dio a conocer en revistas de Buenos Aires relatos histórico-costumbristas. Su hijo fue el poeta argentino Héctor Pedro Blomberg (1889-1955).

La novela DON INCA (a juicio de Teresa Méndez-Faith tomado de los datos de Raúl Amaral) «es un insoslayable testimonio de costumbres paraguayas de las últimas dos décadas del siglo anterior, además de ser una obra 'clave' de la que participan personajes de la política y la sociabilidad nacionales». Queda perfectamente resumido el sentido de la obra con esta frase: «verdaderamente un modelo de novela romántica paraguaya por sus características de sentimentalismo, estereotipos y personajes delimitados e incluso idealizados, morosidad narrativa, separación precisa de los personajes de distintos estamentos».

conservadurismo con alineación de aristocracia local frente al pueblo, historicismo, detallismo descriptivo y realismo y amorosos de compleja resolución. El trasfondo histórico sobresale del ambiente y de los personajes de ficción.

Algunos personajes expresan el sentimiento paraguayo de la autora, conectando el Paraguay con la capital porteña. Se cuando el país guaraní se reconstruye después de la Guerra de la Triple Alianza, episodio visto en la novela como una tragedia. Las ruinas del país se elevan sobre los supervivientes. Pero como novela romántica que es, la llegada de un extranjero al que los lugareños apodan Don Inca, sugiere diversas situaciones expresadas con morosidad. La autora enfoca a los personajes que intenta convertirse en representación social paraguaya, donde el peso de la historia les obsesiona y ocurre en sus conversaciones, como ocurría durante esta época.

El fragmento que hemos seleccionado corresponde al capítulo XXII de la novela. La autora reproduce al principio una conversación entre varias mujeres, y los celos que Don Inca siente por la posibilidad de perder el amor de Mónica. La novela presenta bastante realismo que reflejan el pensamiento sexista de la época y la sensibilidad romántica de los personajes. Es esta sensibilidad en el trazo de los rasgos femeninos lo que diferencia a Don Inca de otras obras coetáneas, aunque no difieren demasiado de las producciones folletinescas. La preocupación de las mujeres, especialmente de Mónica, es la verdadera muestra de su papel postrado en el hombre, a pesar de su inteligencia, parece un ser torpe cuando el espíritu maternal de la narradora omnisciente le obliga a mostrar que la mujer puede «dom(in)arlo» con sentimientos amorosos profundos.

Fuente: [Narradoras paraguayas \(antología\)](#) - [José Vicente Peiró](#), [Guido Rodríguez Alcalá](#) [recopiladores]. Edición [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#), 2000. N. sobre edición original: Edición digital basada en la de Asunción (Paraguay)

Don Inca (Capítulo XIII)

DON INCA (Capítulo XIII)

El invierno había sido tan templado que se había podido vivir al aire libre. Hacia el mes de agosto comenzaron a caer lluvias continuas, días helados y secos, de viento Sud.

En la Casa de Campo fue preciso cambiar de vida. Genoveva esperaba el correo de Buenos Aires, que era lo único que daba a Fernanda.

La mesita de ajedrez fue colocada en el corredor, encima de una piel de tigre, y el sillón de Fernanda se forró con tupidas almohadones de plumas.

Los postigos abiertos dejaban ver a través de los vidrios la tristeza de los días lluviosos o grises, o la violencia con que se retorcieron los arbustos y se balanceaban las enhiestas palmeras con sus largas hojas agitadas por el viento del Sur.

Mónica pasaba las horas inmóvil, con la frente apoyada en el vidrio de alguna ventana, mirando a través de los hilos cristalinos el paisaje invisible bajo la lluvia.

Algunas noches, después de cenar, se ponía a hojear libros de Genoveva, que luego dejaba con displicencia. María Josefa auguraba que el invierno sus casas tendrían los techos como coladores y que los terneros se morirían por docenas en San Joaquín; a veces recordaba las habitaciones pasando las cuentas de su rosario.

Felipe se encerraba en su escritorio a leer, a escribir o a revisar viejos documentos. Genoveva pensaba con insistencia en Buenos Aires, chimeneas encendidas con leños y rodeadas de visitas; en las calles mojadas vistas a través de los cristales brumosos de su carruaje de ópera en el teatro Colón; en sus amigas alegres y bulliciosas, y esos recuerdos la ponían triste.

Todos iban y venían por la casa con semblantes mustios.

Narvárez y Gabriel escaseaban sus visitas y el aburrimiento y la melancolía se apoderaban de todos menos de Rosalía, que permanecía amable y tranquila.

El arroyo desbordado inundaba una ancha zona de la explanada y contribuía a entristecer el paisaje.

Por fin cesaron las lluvias y los vientos. De la tierra húmeda se desprendía, como de un incensario, un vapor azulado, saturado

hojas maceradas y a tierra mojada. El sol parecía un disco de cobre y el cielo tenía un color azul empañado.

Esta evaporación ardiente duró varios días. Una sorda inquietud parecía turbar a todos los seres. Los temibles reptiles de los troncos secos se escondían en las grietas y parecían amodorrados.

Fernanda se ahogaba; no dormía ni comía y todos en la casa estaban afligidos.

Llegó un día caliginoso, asfixiante. Después de mediodía se amontonaron densos nubarrones hacia el Poniente y se oyó el lejano ruidito de las gotas. Al caer el día se desencadenó una tempestad eléctrica de una grandiosidad imponente. Los vívidos zigzags de los relámpagos eran seguidos de una crepitación seca y fina, como de cristales que se rompen. Las grandes nubes eran súbitamente iluminadas por fugaces y repetidas volutas de luz. Toda la naturaleza tenía algo de dramático, precursor de algún cataclismo.

Genoveva lloraba arrodillada al lado de su madre, a quien Rosalía y Lorenza daban aire agitando pantallas y haciéndole aspirar sales.

Con un crujido siniestro estalló un rayo cerca de la casa, luego otro más lejos y luego otro. El aire y la tierra parecían vibrar con un temblor ominoso. Había cerrado la noche cuando se desencadenó de golpe una lluvia torrencial, furiosa.

Hacia la medianoche las nubes se habían disipado descubriendo un cielo límpido y estrellado, y sobre la tierra en calma soplaban brisas frescas.

La mañana siguiente era de una belleza indescriptible. La vegetación, el cielo, el sol, parecían la creación reciente de un divino artista.

El arroyo, caudaloso y rápido, cubría las piedras y las orillas. Un jinete buscaba con precaución el vado.

-¡Es Gabriel! -exclamó Genoveva. Rosalía miró con los anteojos de teatro y dijo:

-Es verdad. ¡A esta hora! ¿Qué habrá sucedido?

El caballo de Gabriel se resistía a entrar en el arroyo, que desconocía a causa del gran caudal de agua y de las orillas cubiertas de piedras. Cuando el jinete llegó a la casa, Rosalía se tranquilizó.

-¿Cómo pasaron la tormenta? ¿No hay novedad? -preguntó Gabriel.

-Ninguna. La pobre Fernanda ha estado padeciendo ahogos, pero el buen tiempo y un buen sueño la han repuesto. Allá anda paseando.

-Pues yo tengo que contar toda una historia. Ayer estuve ocupado hasta las dos o tres de la tarde. A esa hora fui al correo y recogí el correo para traerla. Creía poder llegar antes que cayera la tormenta que se armaba. Pero al salir del barrio de San Roque tuve la mala suerte de cruzar la explanada durante la tormenta eléctrica y habría sido inútil buscar el vado en medio de la oscuridad y bajo el diluvio que caía. Resolví quedarme donde estaba. Desde Téllez cué oyeron relinchar al caballo, que estaba medio loco, y salieron a ver. Me invitaron a cenar y he pasado la noche. De allá vengo. Ya sabíamos que el Inca es persona correcta; conversando con él se conoce que es un hombre de letras y de muchos viajes. Estoy obligado por su cortesía. Aquí está la correspondencia -añadió, sacando del bolsillo varias cartas.

Había para Fernanda, su hija y Felipe.

-¡Mamá! ¡Carta de Román! -exclamó Genoveva dejando sus cartas sobre la mesa y agitando en alto la de su hermano mientras corría. La carta decía:

«Querida mamá: Te escribo vestido con uniforme militar. Mis compañeros han formado un regimiento de rifleros mandado por un coronel de las Fuerzas Armadas Nacionales; yo los he acompañado, como es justo. Hacemos ejercicios militares y tenemos un cuartel alquilado, pero vivimos en condiciones respectivas y asistimos a clase. En los diarios leerás la causa de estas novedades que comprenderás cuando estés aquí. Te aseguro que en nada afecta mis estudios.

No hay nada de particular en nuestra casa. Visito las casas amigas que me has indicado; en todas me llenan de agasajos y me quieren mucho para ti y para Genoveva. Hoy espero carta de ella; cuando la lea, volveré a escribir por este mismo correo, si hay tiempo. Que te saluden mamá. Un abrazo a mi hermanita y recuerdos a toda la familia y a Taná. Para ti todo el cariño de tu hijo. Román».

Esta carta dejó consternada a Fernanda, que continuó su paseo con el corazón latiéndole ⁽¹¹⁾ tumultuosamente. ¡Román militar!

Genoveva, desconcertada, marcaba uno a uno los dobleces de esta carta afectuosa y sencilla que había causado una impresión tan inesperada y tan incomprensible para ella. Viendo que Fernanda quería meditar, se fue a abrir, ya sin entusiasmo, las cartas dirigidas a ella. Una amiga le describía a los elegantes «rifleros» paseando por la calle Florida con flores en el ojal y sombreritos de paja. «Román ha venido a hacerse admirar y lo hemos admirado, naturalmente. Están muy engreídos. Figúrate que cada niña elegante quiere tener novio riflero. Cada uno tiene varias novias. Román tiene tres, pero yo no quiero cometer indiscreciones. ¡Lo vieras llevándose la mano al bozo, dándose ínfulas y hablando de política, de Roca y de Tejedor! Aquí le tengo unas lindas violetas para sus novias. Como sé que no te gustan las cartas largas, me despido. ¿Cuándo vienes? Recuerdos de todos los de la casa y de todas las chicas».

Genoveva leyó otra carta análoga y una del viejo profesor a quien llamaban don Fadrique desde una lección interminable en España de Don Pedro el Cruel. Luego las dobló, las guardó en sus sobres y quedó pensando en Buenos Aires.

Fernanda venía por el corredor caminando entre su cuñado y Gabriel.

-¿Malas noticias? -preguntó éste.

-Muy malas -repuso ella con voz débil.

-¿Está enfermo Román? -preguntó Felipe.

-No. No es eso -y le dio a leer la carta.

-Pero esto parece no tener importancia -dijo Felipe refiriéndose a la historia de los rifleros-. Es un desplante de muchachos entusiasmados por la agitación política. Los estudiantes siempre salen bien de estas aventuras. No veo motivo de alarma.

-De todos modos, esto apresurará mi regreso -repuso Fernanda- ¿Estará todo pronto, Felipe?

-Todo. Tengo ya todos sus asuntos y sus papeles en orden.

-Entonces voy a tratar de estar en casa a fines del mes próximo.

La noticia de la próxima partida de Fernanda y su hija produjo conmoción en la Casa de Campo. Todos sabían que Fernanda necesitaba el cariño y la estimación que se le profesaba buscaban la manera de expresarse.

Genoveva seguía sentada con sus cartas en la mano y el pensamiento en Buenos Aires, cuando Mónica se acercó a preguntarle:

-¿Quieres que salgamos a caballo esta mañana con Gabriel?

-Sí, estoy pronta, si Gabriel quiere -repuso la niña.

En un extremo del corredor conversaban Felipe y Gabriel; este contaba su aventura de la noche anterior y hablaba del Inca pasándose la mano por la barba. Había temido que el espíritu romántico y novelero de Genoveva se sintiera atraído por el relato, pero guardado prudente distancia. Pero ahora que la niña estaría preocupada por su viaje ya próximo, no había peligro. En cuanto a Felipe, remotamente que aquel desconocido triste, silencioso y elusivo pudiera despertar su interés. Juzgaba más peligroso a cierto coronel brillante y prestigioso.

-No debemos quedar en deuda con el Inca -dijo Felipe-. Vete a acompañar a las chicas. Yo mandaré a Lo-i a Téllez cué con una almuerzo al Inca en tu nombre y en el mío.

-Bueno, tío Felipe. Usted tendrá gusto en tratarlo.

Las niñas, con sombreros y guantes puestos, vinieron a buscar al primo. Cuando la cabalgata se alejaba de la casa, se oyó la voz de Genoveva gritaba:

-¿Para dónde, señoritas y caballero?

-¡Coronel, venga con nosotros! -gritó Genoveva.

-Yo voy siempre con las niñas bonitas -dijo alegremente el veterano acercándose a ella, que se había detenido a esperarlo.

-¿Y adónde vamos?

-A Arce cue, a la Trinidad y a despedirme de doña Casiana -repuso la niña.

-¿Por qué a despedirte?

-Porque dentro de poco nos iremos a Buenos Aires mamá y yo.

-¡A Buenos Aires! ¡No lo permitiremos, aunque yo tenga que embargar el viaje! ¡No faltaba más! -exclamó el coronel.

-¿Ha visto, don Nicolás? -dijo Mónica-. ¡Nos abandonan!

Genoveva sonreía, pero sus párpados se agitaron para disipar algo que velaba sus ojos. No dijo nada.

Detrás de una loma se abría una calle de arena que llevaba directamente al naranjal de Arce cué. La arena húmeda y roja formaba con el verde intenso de los rosales silvestres y con las favoritas que caían sobre el camino, brotando de los costados abruptos encajonaban la carretera en un largo trecho y sobre cuyos bordes parecían asomarse los ceibos, los granados silvestres y las pomarosas.

Al lado de este camino corría con violencia un cristalino raudal que después de las grandes lluvias bajaba a engrosar el caudal del arroyo.

Genoveva contemplaba con melancolía toda esta belleza sabiendo que se despedía de ella.

El sol comenzaba a calentar; todo parecía nuevo, lleno de vida, intenso de color y de perfume en la campiña desierta y silenciosa. La carretera se veía la masa tupida y fragante del fresco follaje del naranjal.

Los gritos agudos de los loros que partían después de su banquete de naranjas, interrumpían el silencio que parecía cubrir tanta belleza. Genoveva no quiso detenerse y siguieron por un sendero que corría al borde del naranjal.

Arce cué, donde ella había nacido, apareció a su vista en un recodo del camino. El viejo edificio, con sus anchos corredores y sus paredes de ladrillo, estaba desierto y cerrado, rodeado de palmeras y rosales trepadores que comenzaban a florecer. Sobre el tejado se habían posado pájaros que aliñaban sus hermosas plumas, cuyos colores de esmalte brillaban al sol. Genoveva desmontó, y dejando su caballo, dirigió al montecito de frutales seguida de sus primos. Iba a visitar el manantial cuyas aguas frescas y purísimas eran famosas en toda la zona.

Avanzaban apartando las ramas de las que se levantaban en multitudes las mariposas que se habían anticipado a la primavera.

Sobre la cuenca de piedra roja, reflejándose en la linfa azul del manantial, se inclinaban las ramas de un gran árbol de hojas menudas que estaba rodeada de helechos de una finura casi inmaterial. Genoveva los apartó suavemente, se arrodilló sobre la piedra, e inclinó su rostro en el hueco de la mano y la llevó a los labios. Luego se puso en pie, y aspirando a plenos pulmones el aroma agreste y penetrante que se respiraba bajo los árboles, pensativa y silenciosa, hasta que Mónica la llamó.

Volvieron al corredor donde había quedado el coronel fumando un puro criollo, cuidando los caballos y pensando en los antiguos tiempos de Arce cué. Montaron de nuevo y se pusieron en camino hacia la Trinidad.

La iglesia estaba cerrada. Sobre las tejas desteñidas revoloteaban bandadas de blancas y místicas palomas.

¡Qué soledad y qué silencio! -pensaba Genoveva, sintiendo la honda melancolía que parecía desprenderse de esta gran iglesia desierta.

Las enredaderas que abrazaban los pilares de los claustros laterales mecían blandamente sus guirnaldas.

A la media hora de haber salido de la Trinidad llegaron a la casita de doña Casiana, quien recibió a sus visitas con una áspera bienvenida. Genoveva le anunció su próxima partida, se contrajo el rostro apergaminado de la anciana señora y sus dedos descarnados jugueteaban nerviosamente el merino negro de la falda.

-¡Y yo no he visto a doña Fernanda! -murmuró-. Pero ¿cómo? Ni a caballo ni a pie puedo salir... ¡En fin!

Después de un momento entró a la casa y volvió a salir llevando un objeto en la mano.

-¿Quién sabe si te veré más, Genoveva! -exclamó con tristeza-. Lleva esta pobreza y consévala en memoria de quien está agradecido a tu madre. Y que Dios te dé su bendición. Ahora ustedes ya no vendrán a verme -dijo con voz agria la pobre vieja solitaria dirigiéndose a los niños.

Todos prometieron volver y se despidieron. Al llegar al recodo del camino se volvieron a mirar la puerta del cercado donde se había ido para verlos partir. Las niñas agitaron sus pañuelos y los hombres sus sombreros en afectuosa despedida.

-No me despediré de nadie más hasta el día mismo de la partida -decía Genoveva-. Es triste despedirse -y se detuvo para mirar el rostro de doña Casiana. Era [49] un pesado jarro de plata labrada, envuelto en un pañito bordado.

-Este es trabajo muy antiguo -dijo el coronel examinándolo-. En casa hay uno parecido a este. Ya que tanto te gusta, le diré a Leocadia que te lo lleve.

Después de un momento de silencio, Genoveva dijo:

-Me ha impresionado la tristeza de la pobre viejita y me he olvidado de preguntarle una cosa que sólo ella puede saber.

-¿Y qué es? -preguntó Narváez.

-Quiero saber quién era una señora chiquita, muy viejita, que está sentada detrás de la media puerta cerrada de su casa, en la calle verde que se cierra hasta la mitad y queda como un balcón, y la mitad de arriba se abre como una ventana. A esa viejita la llaman Eduarda aunque su nombre es Eduarda; no habla ni ha hablado jamás con nadie y nadie sabe quién es. La mantienen dos mulatas viejas que hacen y venden chipá ordinario. Siempre ha vivido en esa misma casa. Tía Rosalía me ha contado todo esto.

-Se cree que es hija del Doctor Francia -dijo Narváez. [Ingresar al Perfil Completo en PortalGuarani.com](#) ►

Portal Guarani © 2024
Contacto: info@portalguarani.com
Asunción - Paraguay

-No... Es verdad... ¿Quién es?

-Cuando yo era joven -comenzó el veterano-, ella era tal como es ahora. Dicen que el marido era un hacendado muy rico y muy bueno. Él muchas rarezas. Encontrándose en un gran peligro, en el Chaco Norte, hizo promesa de hacer poner piso de plata a la capilla de la casa si él salvaba. Salvó, y el piso fue cubierto con grandes y gruesas monedas Carlos IV, de plata del Potosí. Un buen día, sin causa alguna, debía pagar una de las tremendas multas que el Doctor Francia imponía «porque sí». Pagó, pero el hombre quedó cambiado, un poco loco por tres años, ¡otra multa! No alcanzó a cubrirla. Lo encerraron en la famosa cárcel subterránea y allí murió el pobre. A la mujer le heredó los parientes. Después recibió en herencia esa casa y el campito a la entrada de Ñu guazú, cerca de la quinta de tu padre. Allí vive de criar cabras lecheras. Nunca se ha quejado ni ha hablado de su desgracia.

-¡Basta de doña Casiana y del Doctor Francia!, ¿quieren? -exclamó Mónica-. Los caballos van pisando su sombra; ya ha de ser mecida.

Y lanzó su caballo al galope; los demás la siguieron. En la calle de árboles que costeara la estación pusieron las cabalgaduras al paso.

Fuente: [Narradoras paraguayas \(antología\)](#)- [José Vicente Peiró](#), [Guido Rodríguez Alcalá](#) [recopiladores]. Edición digital: [Antología de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#), 2000. N. sobre edición original: Edición digital basada en la de Asunción (Paraguay)